

**VII ANIVERSARIO DE LA BENDICIÓN ABACIAL**  
**Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat**  
**13 de agosto de 2007**  
**Dt 10, 12-22, Sal 147**

Hoy, como muchos días, tanto de entre semana como los domingos, hemos leído en la primera lectura un fragmento del Antiguo Testamento. Eso, hermanos y hermanas, es fruto de la renovación litúrgica que quiso el Concilio Vaticano II. En el Misal anterior al Concilio tenían mucha menos presencia las lecturas del Antiguo Testamento; además, entre semana se repetían las lecturas del domingo salvo cuando se celebraba un santo o misas votivas. El Espíritu Santo, activo siempre en los concilios de la Iglesia, llevó a los Padres conciliares a decidir que "la mesa de la Palabra de Dios" tenía que ser preparada "para los fieles con más abundancia", que se tenían que abrir mucho más los tesoros bíblicos, de manera que, en un determinado número de años", se leyera "al pueblo la parte más importante de la Sagrada Escritura" (*Sacrosanctum Concilium*, 51) Y con el fin de hacer más comprensible la Palabra de Dios, el Concilio quiso que la predicación no fuera como una especie de paréntesis en la celebración y totalmente desconectada de la Palabra que se había proclamado. Por eso dispuso que se recuperara la homilía "como parte integrante de la misma liturgia" a fin de que "a partir del texto sagrado" fueran explicados a los fieles "los misterios de la fe y las normas de vida cristiana" (*ibidem.*, 52). Hemos, de estar agradecidos, pues, por esta mesa de la Palabra mejor proveída en el misal y el leccionario promulgados por el Papa Pablo VI, y tenemos que tratar de sacar provecho para nuestra vida espiritual y para nuestra formación cristiana.

Una de las partes importantes del Antiguo Testamento es el libro del Deuteronomio que estamos leyendo estos días. Se presenta como el testamento espiritual que Moisés deja al pueblo de la primera Alianza antes de entrar en la Tierra Prometida para exhortarlo a ser fiel. El fragmento de hoy se sitúa después de que el pueblo de Israel, salido de Egipto, había caído en la tentación de desobedecer a Dios, de querer reducir a Dios a medida humana de acuerdo con los propios gustos. El resultado fue el becerro de oro. Sin embargo, Dios amaba demasiado a su pueblo para dejarlo fuera de la salvación, a merced de las fuerzas del pecado y del mal. Por eso, a pesar de esta infidelidad, lo perdonó. Y rehizo la alianza en unas tablas nuevas. Después hizo ver al pueblo las exigencias de esta alianza renovada; unas exigencias fundamentadas en el amor y en la obediencia. Es precisamente lo que hemos escuchado en la primera lectura de hoy.

Los cristianos, en tanto que hijos espirituales del pueblo de la Primera Alianza, también somos aleccionados por este testamento de Moisés, la cabeza del primer éxodo liberador de la esclavitud, y precursor de Jesucristo, que en su pascua ha vivido un nuevo éxodo para liberar más radicalmente y desde el fondo del corazón de la humanidad. Si todo este testamento es válido para nosotros, lo es de una manera más intensa, todavía, aquello que nos decía el fragmento que hemos leído: Dios nos ha elegido, nos ha escogido por amor, gratuitamente. Nosotros, a la luz del Nuevo Testamento, tenemos más perspectiva que los primeros destinatarios del libro del Deuteronomio y podemos decir con más razón que Dios se ha mantenido fiel a esta predilección a lo largo de todos los siglos, hasta el día de hoy. El Señor del cielo y de la tierra se ha inclinado hacia nosotros, hacia la humanidad, para liberarnos, para salvarnos, hasta enviarnos a su Hijo, hecho hombre, y su Espíritu.

Esta fidelidad paciente de Dios pide una correspondencia por parte nuestra, nos lo decía también la primera lectura. Pide una respuesta. Una respuesta de amor y de obediencia a Dios de una parte, y de amor y de servicio a nuestros contemporáneos,

de la otra. Dios nos pide que acojamos su amor y que acojamos su Palabra. No tiene bastante con la práctica de unos ritos, de unas observancias y de unos mandamientos. Va más allá. Nos pide, por encima de todo, una adhesión de toda nuestra persona; nos pide una transformación interior. Por eso nuestro culto no puede quedarse en un nivel meramente externo, sino que tiene que estar vivificado por el amor, tiene que ser hecho con todo el corazón y con toda el alma; tiene que ser *en espíritu y en verdad* (Jn 4, 23). Sólo la sinceridad de nuestra donación podrá hacer agradable a Dios nuestra plegaria, nuestra liturgia. Por eso, el distintivo de nuestra pertenencia a él ya no es un signo en la carne, como lo era la circuncisión, sino un signo en el corazón: el amor y la obediencia humilde de la fe.

La acción que Dios va llevando a cabo en nosotros nos hace cada vez más capaces de vivir en el amor auténtico. Sin embargo, esta acción de Dios tiene que ir acompañada de nuestra colaboración, de nuestra respuesta, de nuestro esfuerzo de fidelidad. Así el don de Dios y la cooperación que le prestamos van haciéndonos más y más generosos y fieles en la respuesta a la Alianza. El amor y la obediencia a Dios, sin embargo, son inseparables del amor y el servicio a los otros, especialmente a los que se encuentran más indefensos porque éstos son objeto de una solicitud mayor por parte del Señor, tal como hemos podido escuchar todavía en la primera lectura. Y los miembros del pueblo de Dios tenemos que tener las mismas preferencias que nuestro Señor.

La Alianza establecida por Dios con el pueblo del Sinaí era una anticipación de la Alianza definitiva que ha hecho con nosotros por medio de Jesucristo. Y en esta nueva Alianza también son imprescindibles las dos dimensiones de amor y obediencia libre a Dios y de amor y servicio a la humanidad. De esta manera nos convertiremos en aptos para recibir la salvación prometida en la Alianza que Dios ha hecho con nosotros. Siempre, sin embargo, gracias a la acción del Espíritu Santo que nos trabaja por dentro.

Que la fidelidad de Dios por mantener su amor y su Alianza a lo largo de los tiempos nos mueva a la alabanza, en la acción de gracias y a la fidelidad hacia Aquél que nos anuncia sus palabras y nos hace conocer sus decisiones; hacia Aquél que nos da la paz y la salvación y nos sacia con la flor del trigo hecha Evangelio y hecha Eucaristía.